



CAPITULO LXII.

¡Viva la República!

El pueblo de Santa Ana Acatlán, después de haber sido el yunque en donde se habían recibido los principales martillazos de la revolución, disfrutaba ya de la mayor tranquilidad, gobernado por sus autoridades de costumbre. Solamente en el patio de la casa de Adrián se notaba algún movimiento de caballos que se ensillaban, de mozos que iban y venían y de hombres armados que tenían toda la traza de guerrilleros.

En la sala estaba Refugio con un retoño en los brazos, y la rodeaban su marido, los suegros de éste, el licenciado Quiñones, el señor cura y el boticario.

—Adrián se nos va otra vez, dijo Refugio al último de los mencionados que acababa de llegar.

Entonces Adrián tuvo que mostrar por la quinta vez una carta de don Benito Juárez, en la que le decía que

deseaba darle verbalmente las gracias por los importantes servicios que había prestado así en la guerra de Reforma, como en la de la defensa de la honra nacional.

—Yo, como ustedes saben, continuó diciendo Adrián, regresé de Guadalajara, disolví mi fuerza luego que me lo ordenó el gobierno, y dí cuenta de mis operaciones á aquel que se sirvió honrarme con su confianza; y como el deseo que expresa esta carta lo considero yo como un mandato, tengo el deber de irme á presentar al Presidente á San Luis Potosí ó donde lo encuentre.

—¿Pero te ha dado fondos para el viaje? le preguntó el licenciado Quiñones.

—Sí: juntamente con la carta particular del señor Presidente vino la orden del ministro de la Guerra para que se me ministren dos pagas de comandante en Guadalajara; pero yo no haré uso de ella una vez que no me arruinará el gasto de tres á cuatro cientos pesos.

—Tal vez con menos harás el viaje, dijo don Simón.

—Como llevo á Tomás, y hay además otros tres de mis hombres que quieren acompañarme. . . .

—Pero ellos dicen que tienen dinero para hacer sus gastos, dijo Refugio.

—Sí, lo tendrían si nos fuéramos á caballo hasta donde se encuentre el gobierno; pero yo quiero tomar la diligencia en Guadalajara para que regresemos más pronto.

Y como avisara Tomás que los caballos estaban listos, Adrián llenó de besos á su mujer y á su hija, abrazó á los demás, salió al patio y montó en su alazán con su ligereza acostumbrada.

—¡Adios! ¡adios!

—Buen viaje!

Y en seguida se oyó el tropel que formaron los cinco hombres de armas, más tres mozos montados que se habían de volver de Guadalajara con los caballos.

La ciudad de San Luis Potosí había adquirido una importancia extraordinaria, no sólo porque residían allí los Supremos Poderes, sino porque eran los momentos en que se desbordaban sobre aquella ciudad los interesados de todas categorías en la suerte de los prisioneros de guerra que habían caído en Querétaro en poder del ejército republicano.

El Presidente acababa de llegar á su despacho una mañana, cuando le anunciaron que un joven militar, procedente de Jalisco, deseaba hablarle con empeño.

A la circunstancia casual de que aun no llegaran los ministros todavía, se debió que Adrián, pues era él, fuera recibido inmediatamente.

Don Benito Juárez, luego que lo vió, encontró en él una cara conocida; pero como había visto tantas, no era posible que de pronto recordara las circunstancias terribles en que había conocido á aquella persona.

—Me llamo Adrián Canales, dijo el joven, soy el guerrillero de Santa Ana Acatlán, á quien el señor Presidente se dignó expresarle un deseo en esta carta, deseo que vengo á cumplir con todo gusto.

El Presidente, luego que dió una ojeada á la carta, se levantó, abrazó afectuosamente al joven guerrillero y le dijo:

—Ha cambiado usted mucho en ocho años, amigo mío; cuando yo lo conocí apenas le apuntaba el bozo.

—Sí, señor Presidente, he cambiado, contestó el joven respetuosamente.

En seguida hizo que le refiriera punto por punto los

incidentes de la última campaña, y como al concluir su relato Adrián oyera las voces de varias personas, lo cual le indicó que estaba quitando un tiempo precioso al señor Presidente, se levantó para marcharse.

—Y ahora, ¿qué va usted á hacer? le preguntó éste.

—Ahora regreso á mi hogar, y allí estaré mientras la Nación, y en particular el señor Presidente, no vuelvan á necesitar mis humildes servicios.

—Nosotros estamos bien pobres, comenzó á decir el Presidente.

—Ya lo sé, se apresuró á interrumpir Adrián, y siento no ser demasiado rico para poder ofrecer abundantes recursos al gobierno; pero al menos no le seré gravoso.

—¿Recogió usted dos pagas de su empleo en Guadajajara?

—No, señor, y perdónemelo usted, que no fué por orgullo, sino porque no me hicieron falta.

El Presidente volvió á abrazarlo conmovido, agregándole que no sólo tendría el mayor gusto en volverlo á ver en la Capital, sino en serle útil en lo que se le ofreciera.

Adrián, por su parte, le dijo que estaba suficientemente pagado con su amistad, y que siempre que necesitara de un amigo leal, se acordara de uno que tenía en Santa Ana Acatlán dispuesto á sacrificarle cuanto era y cuanto valía.

—Un último favor, dijo Adrián deteniéndose. Afuera están el teniente Tomás Ramírez que me sirvió de segundo, y tres hombres, los más valientes de mi guerrilla, que sólo desean ofrecer sus respetos al señor Presidente.

—Que pasen, dijo éste.

Y los cuatro compañeros de Adrián estrecharon la

mano del señor Juárez, y se salieron sumamente satisfechos.

—Y ahora, ¿no sabes? dijo Tomás á su jefe cuando iban bajando las escaleras, oí decir á los políticos que van á ser fusilados Maximiliano, Miramón y Mejía en Querétaro. ¿Vamos á verlos?

—Vamos, contestó Adrián.

Y los cinco se pusieron en camino para Querétaro en una diligencia.

En el convento de la Cruz se encontraba el Batallón de que era comandante Julio Robles, y se hallaba éste en la puerta del cuartel, cuando llegó Luis Velázquez y le dijo:

—¿Sabes á quién me encontré en la calle?

—¿A quién?

—A Tomás Ramírez.

—¿Quien es Tomás Ramírez?

—¿No lo recuerdas? El segundo de Adrián Canales, nuestro querido guerrillero jalisciense.

—¡Ah! sí; ¿y Adrián?

—Está también aquí: fué Ramírez á buscarlo á su posada y van á llegar los dos de un momento á otro.

—¡Cuánto me alegro!

Apenas habían cruzado estas pocas palabras, cuando se dejaron ver los dos guerrilleros.

—¡Adrián!

—¡Mi querido Julio!

Se abrazaron y se contaron sus percances. Adrián tenía pocos. Había acompañado á Corona á la ocupación de Colima. Se le había encomendado después la vigilancia de ciertos caminos, y por fin, el gobernador Cuervo le había mandado dar las gracias, yéndose con el mayor

gusto á descansar en su querido pueblo al lado de su idolatrada familia.

Pero en cambio, Robles, ¡con qué brío pintó sus aventuras! como habían muerto los jefes que más lo conocían y que le hubieran dispensado una generosa protección, tales como Zaragoza, Arteaga y Salazar, y como sus otros jefes, González Ortega y Patoni, habían caído en desgracia, trabajo le había costado abrirse paso en el ejército, plegándose á las tropas de Jalisco, por más que no era jalisciense. Corona lo conocía muy apenas; pero en cambio Márquez, Dávalos, Vega y demás generales, habían visto su comportamiento en los combates, y muy recientemente cuando él solo con una pieza de artillería se había quedado sosteniendo el cerro del Cimatario cuando fué atacado por Miramón, evitando así que la derrota de su Brigada hubiera sido más completa.

Montero, que acababa de ser nombrado capitán, había muerto á su lado en el reñido combate que les libró en el puente el príncipe de Salm Salm ¡pobrecito Montero, tan buen amigo y tan campechano siempre! Era el único de los antiguos compañeros á quien había tocado la de malas. Ahora, era comandante Robles y mandaba el cuerpo accidentalmente, porque el coronel había muerto y el teniente coronel estaba herido. Se decía que éste ascendería á coronel y él á segundo jefe, lo cual agradaería mucho á la bella Elvira, á la cual había ofrecido que sólo que muriera no volvería con algunos galones ganados en la campaña.

La relación fué larga y estuvo salpicada de chistes que mucho agradaron á los oyentes, y terminó Julio diciendo:

—Ahora los invito á almorzar conmigo, sintiendo

que no nos acompañe el capitán Tapia, (siempre el pobre se quedó de capitán) porque marchó con las fuerzas que salieron para la Capital.

—Con mucho gusto, contestó Adrián.

—Y ahora á otra cosa, siguió diciendo Robles que estaba verboso. Mañana serán fusilados Maximiliano y sus dos generales Miramón y Mejía, según dicen, en el Cerro de las Campanas, para que todos puedan presenciar el espectáculo, ¿qué van á hacer ustedes después?

—Como sólo á eso hemos venido, contestó Canales, regresaremos mis cuatro compañeros y yo á nuestro pueblo, en donde siempre estaremos á las órdenes de ustedes.

—Eso sí que no lo permitirá Velázquez, ni yo tampoco. Como ya nada tenemos que hacer aquí, es seguro que marchará todo el ejército para la Capital, y ustedes se vendrán con nosotros ¡qué diablos! no todos los días se puede ver allí el completo triunfo de la República.

—La idea es tentadora; pero reflexiona, querido Julio, que somos cinco y que no tenemos caballos.

—Todo puede allanarse. O se adelantan ustedes en la diligencia y nos esperan en el punto que designemos. O les proporcionamos caballos á tí y á Tomás, y se van con nosotros haciendo las jornadas de tropa, despachando á tus tres guerrilleros en la diligencia. O finalmente, despides á éstos para que se vuelvan á Santa Ana Acatlán á llevar noticias á tu mujer para que no extrañe tu tardanza, y ya quedándose los dos solos de cualquiera manera hacen el camino.

—¿Qué dices de eso, Tomás?

—Lo que tú dispongas, Adrián. [Eres mi jefe. . . .

—¡Qué jefe ni qué! ahora no somos más que amigos.

—Pues la verdad, me gustaría más que tuviéramos caballos.

—Bien, bien, concluyó diciendo Robles. Lo principal es que ustedes consientan en ir á México: lo demás se arreglará.

Y como los guerrilleros hicieron ademán de marcharse, agregó:

—No los detengo, porque voy á prepararles el banquete. banquete de campaña, se entiende. A la una en punto los aguardo.

En efecto, si no tuvieron ricas viandas en la comida, sí hubo regulares caldos, y sobre todo, mucha expansión, mucha alegría, mucha verba.

Cada uno vació de su pecho lo que sabía. Que los defensores de los procesados habían hecho lo imposible para salvarlos; pero que el consejo de guerra, el general Escobedo, Juárez y sus ministros se habían mostrado inflexibles. Que sólo una vez en que Lerdo de Tejada había creído observar una sombra de vacilación en el semblante de don Benito Juárez, agobiado por tantos empeños, le había dicho con entereza:

—Ahora ó nunca, señor Presidente. Si llegamos á flaquear, no se consolidarán entre nosotros las instituciones republicanas. Tenemos de nuestra parte la ley y la justicia.

Que Juárez había recordado la carta de Maximiliano á Miramón, en que dictaba con la mayor tranquilidad una sentencia de muerte para un buen número de personas, estando á la cabeza él mismo, y que entonces éste había dicho:

—Que la ley se cumpla.

Se refirió cómo se habían empleado las amenazas, la seducción, el cohecho, las tentativas de fuga y mil arbitrios más ó menos legales, los más ilegales, sin que dieran resultado, hasta aquel momento en que no había medida de vigilancia que no se hubiera adoptado, pareciendo ya que la ejecución de los tres sentenciados se verificaría el día siguiente 19 de Junio, á las siete de la mañana, mandando el cuadro formado de cuatro mil hombres el general Jesús Díaz de León.

Al día siguiente, en efecto, á las seis de la mañana marchó la División nombrada á ocupar el Cerro de las Campanas, y Adrián, con sus cuatro compañeros, eligió un buen punto de observación.

—Allá vienen, dijo á poco uno de los guerrilleros.

—Los traen en tres carruajes, agregó otro.

—¡Y qué buena escolta! exclamó Tomás.

En seguida Adrián, que había permanecido absorto, dijo:

—El de las patillas rubias que ha bajado primero es Maximiliano. El que le sigue es Miramón, á ese lo conocimos en Jalisco. El otro trigueño es Mejía. Esos hombres fueron la causa de los inmensos sacrificios que hemos hecho los mexicanos para defender la patria que ellos querían perder, y del número inmenso de víctimas que ha perecido. Si alguna vez se ha hecho justicia en el mundo, ésta es una de ellas, porque la culpa que tienen esos hombres ante la Nación, es inmensa. Maximiliano parece el más sereno, aunque pálido: se conoce que hace esfuerzos sobrehumanos para sobreponerse al terror de la muerte. Miramón ha estado enfermo, por lo mismo no es extraño que también esté descolorido, pero es el más intrépido. El que me llama la atención es Mejía, que demostró en

los combates un valor á toda prueba y que ahora aparece amilanado.

—Trae cada uno su clérigo al lado.

—Sí, los mismos que los sostuvieron en la contienda, los ayudan ahora á bien morir. Toda la sangre que se derramó, puede decirse que fué obra de los sacerdotes para defender las fincas.

—¿Qué hace ahora don Maximiliano? preguntó un guerrillero.

—Reparte dinero á los soldados que van á hacer fuego, contestó Tomás.

—Ahora habla.

—También Miramón está diciendo algo. . . .

—Ya están los tres en línea. . . . Miramón quedó en medio.

Se oyó la descarga, el humo cubrió el cuadro por un momento, y en seguida, nuestros cinco guerrilleros hechos ya á escenas de sangre, pudieron ver sin inmutarse que los tres cuerpos estaban en tierra.

—Concluyó el Imperio y todo, murmuró Adrián, vámonos.

En la noche de ese día cenaron juntos los cuatro amigos y se comunicaron sus impresiones.

Julio Robles les dijo después:

—Como ustedes saben, mañana nos ponemos en marcha para la Capital. ¿Qué dices, Adrián, se vienen ustedes con nosotros?

—Ya tenemos pasajes en la diligencia que sale mañana á las tres de la madrugada. Queremos Tomás y yo ver algo por nuestra cuenta antes que ustedes lleguen.

—Los buscaremos Velázquez y yo en la Bella Unión y los presentaremos con nuestras novias: ya verán qué guapas.

—Pero tal vez alcanzaremos algo del sitio, dijo Canales.

—No, ya no, contestó Robles: se me había pasado contarles que hoy se tuvo noticia de que al fin se sumió Márquez y está trantándose de la rendición con el general Tabera. Los austriacos se rindieron hace pocos días y los demás cuerpos se rendirán hoy, de modo que ustedes van á encontrar la Capital en poder del general Díaz.

Así sucedió en efecto.

El día 21 todavía la diligencia no pudo entrar al interior de la ciudad no sólo por las fortificaciones y los escombros, sino porque no se establecía aún el libre tráfico por las medidas de seguridad que se dictaban, así como se estaban recogiendo los elementos de guerra que había dispersos por todos lados.

Adrián y Tomás tomaron un coche y se dirigieron al hotel de la Bella Unión, sin ser molestados.

Notaron que el aspecto de la ciudad era desgarrador.

Todo estaba sucio, y se veían miles de gentes hambrientas que pedían limosna.

Más tarde, la obscuridad se hizo profunda, y entonces acabaron de apoderarse de la población el frío de la muerte y de la tristeza.

A los siete días, cuando ya las oportunas disposiciones del general Díaz habían hecho volver á la metrópoli no sólo la tranquilidad, sino la alegría, llegaron las fuerzas de Querétaro que deberían servir de escolta para la entrada triunfal del gobierno.

Velázquez y Robles cumplieron su palabra: llevaron á sus nuevos amigos á presentar con sus novias Elvira y Eva. ¡Cómo habían tenido que sufrir durante el sitio las

pobrecitas! A no ser por el hermanito que pudo sostener un pequeño comercio de comestibles ordinarios con los soldados de los retenes, se hubieran muerto de hambre. Solamente en los últimos días ya no tenían nada que vender, y estuvo toda la familia al borde del sepulcro.

Pero ahora qué gusto tenían ellas viendo á sus queridos oficiales.

Llegó por fin la hora que tanto anhelaban Adrián y sus compañeros. Se supo que el Presidente y sus ministros habían llegado á Chapultepec el 12 y que entrarían á la Capital el día 15.

Temprano tomaron lugar Adrián y los suyos en la glorieta donde está el *Caballito*, que fué donde se elevó el altar de la patria. Al llegar á ese sitio el Presidente, seguido de sus ministros y de su numeroso acompañamiento, Adrián, con voz de trueno, gritó:

—¡Viva el Presidente Juárez!

La multitud contestó:

—¡Viva!

—¡Viva la República Mexicana! volvió á gritar Adrián.

Los suyos y todos los que estaban allí contestaron:

—¡Viva!

Juárez le dirigió un saludo afectuoso con la mano, reconociéndolo, y Julio Robles, que estaba al frente con su batallón, también saludó con la espada.



CAPITULO LXIII.

Juárez en el poder.

ERA el día del cumpleaños de Refugio, la esposa del comerciante don Alejo Rincón, la que no obstante haber llegado á los cuarenta y un años se conservaba fresca y hermosa, debido á su caracter tranquilo y resignado, pues poco la alteraban los reveses así como no se entregaba á los grandes entusiasmos en las prosperidades, viéndose alternarse con mucha calma los días buenos y los días malos en el curso de su poco accidentada existencia.

En esta vez, sin embargo, se había prendido sus bonitos alfileres desde temprano, con el fin de que al entrar á saludarla su marido antes de irse al almacén, la encontrara *comme il faut*.

En efecto, don Alejo se presentó á eso de las ocho de la mañana á las puertas de la recámara de la señora, llevando un estuche en las manos.